

### **¿Distribución monodireccional o conexión en red?**

**[Verbündelung oder Vernetzung? En: Vilém Flusser, Kulturmedien. Frankfurt/M. 1997; 143-149] versión del alemán: Breno Onetto M.**

A la cuestión que se nos plantea por la situación en que se halla puesta la sociedad de la información, puede responderse únicamente si nos hemos aunado en el criterio respecto del significado del concepto en cuestión. Si con el término “sociedad de la información” se alude a aquella estructura social, en la cual la producción, elaboración y distribución de información asume una posición central, entonces, la respuesta a la pregunta ha de rezar de este modo: La sociedad de la información ha empezado a emerger hace algunos decenios, brotando desde la sociedad industrial y comenzado a removerla. Lo que ya podemos advertir en el hecho de que cada vez hay menos hombres ocupados al interior del proceso industrial (en “el sector secundario”) y aumenta cada vez más su número al interior del proceso de manipulación de la información en sentido amplio (en “el sector terciario”) y en que hay regiones en las cuales el sector informativo constituye ya la mayoría absoluta de los ocupados. Si se argumentara en su contra, que la “sociedad de la información” es aquella forma de existencia en la que el interés existencial se halla concentrado en el intercambio de información con otros, entonces, la respuesta a esta cuestión habría tenido que ser una totalmente diferente.

En verdad, estamos bastante alejados de una efectiva comprensión del surgimiento de la sociedad de la información en el primer sentido, y a este respecto podrían decirse de ella cosas muy interesantes, e incluso bastante excitantes. No obstante, esta contribución se limitará a entregar una consideración de la sociedad de la información en el segundo sentido.

Para acercarnos un poco más al sentido aquí mencionado de la “sociedad de la información” se requiere que reformulemos otra vez el ascenso en la problemática social. Estamos acostumbrados desde la tradición a interrogar por la relación entre el hombre y la sociedad, como si, por una parte, existiesen los hombres y, por la otra, las sociedades, como si las dos unidades pudieran entrar en diferentes relaciones la una con la otra. Si se ven las cosas así, entonces, surgirán cuestiones del tipo: “¿Es buena esta sociedad dada para los hombres?” y: “¿este hombre será bueno para esta sociedad?” (En el espectro político, a la primera pregunta le corresponde la derecha, a la segunda la izquierda.) Pero cuando uno mira más de cerca el asunto, empero, reconoce el error que reside oculto en esta cuestión. No existe ninguna sociedad sin hombre, como ningún hombre fuera de una forma de sociedad. De allí que los conceptos de “hombre” y “sociedad” no puedan ser considerados separados el uno del otro; pero aunque sucediera esto, se trataría de abstracciones. No suele suceder que el hombre y la sociedad se comportan de modo que puedan entrar en una relación uno con el otro, sino de forma tal que existe un campo relacional (Beziehungsfeld), desde el cual pueden ser extrapolados, por un lado, el “hombre” y, por el otro, la “sociedad”. Lo concreto no es el hombre, ni tampoco la sociedad, sino el campo relacional, la red de relaciones intersubjetivas.

Si se comprende esto y se parte desde allí, entonces tienen que ser repensadas un sinnúmero de categorías tradicionales. Por ejemplo, la cuestión de la así llamada infra- y superestructura de la sociedad. La cuestión de si la economía, la religión, la clase social, el derecho de ciudadanía, o sea lo que fuere aquello que constituye la infraestructura o la superestructura de la sociedad, se hace superfluo una vez que se comprende que son las relaciones interhumanas la infraestructura, a partir de la cual recién pueden emerger, en principio, individuos y la sociedad. Ahora bien, esta idea, conforme a la cual aquello que constituye nuestra existencia son los hilos que conecta cualquiera de nosotros con los demás, y conforme a la cual (para decirlo de otro modo) la comunicación es la

infraestructura de la sociedad, conduce a la construcción de la sociedad de la información en el sentido aquí propuesto del término.

Expresado de este modo, entonces el asunto aparece como algo obvio. “sociedad” alude así a la estrategia, en virtud de la cual nosotros esperamos realizarnos en el intercambio de informaciones con los demás. Pero si uno lo piensa más a fondo, sin embargo, entonces no sólo no suena como algo obvio, sino que totalmente utópico. Un realizarse recíproco con y en los otros presupone que entre un socio particular y otro exista una apertura, una dedicación del uno hacia el otro. Empero un supuesto semejante no está dado. Al contrario, prevalece mucho más la tendencia hacia una autoafirmación y no al olvido del sí mismo, más bien al encapsulamiento del otro en el propio sí mismo y no la que lleva hacia el reconocimiento del otro. Frente a tal objeción no parece que la instauración de la sociedad de la información en el sentido aquí propuesto, sea algo tan obvio, sino que más bien se trata de una empresa desesperada e utópica. Sólo que ahora uno es remitido a aquel desarrollo técnico más conocido con el nombre de *telemática*. Se trata en ello de una técnica que, al menos, en su intención se dirige a la instauración de la sociedad de la información aquí propuesta. De allí que la reflexión tenga ahora que ocuparse con la telemática.

El término contiene el prefijo “tele” y el sufijo “-mática”. El prefijo mienta el acercar cualquier cosa que esté alejada, distante, como lo vemos claramente con el telescopio o el teléfono. El sufijo remite a la palabra “autómata”, que dice algo como “movimiento por sí mismo”. De allí que el término “telemática” pueda ser interpretado como una técnica de automovimiento para acercar las cosas distantes. Una interpretación semejante corresponde plenamente al espíritu de la sociedad de la información aquí propuesto. Telemática quiere decir, entonces, aquella técnica en virtud de la cual nos arimamos los unos a los otros, sin tener que hacer ni el menor esfuerzo en ello. Es aquella técnica, en cuyo despliegue el supuesto para la sociedad de la información en el sentido aquí propuesto es producido por medio de aparatos, que llevan a cabo de manera automática la apertura del uno para el otro, el reconocimiento del uno en el otro y, precisamente, mediante aparatos como el teléfono, los terminales de computador con cables reversibles o con fax. Dicho de otra forma: La telemática es aquella técnica, que traduce el plano utópico al plano de lo factible la construcción de una sociedad para la realización del uno en el otro; la que hace posible en un futuro previsible la sociedad de la información en el sentido aquí propuesto.

Sin embargo, el asunto no es tan fácil de concebir. Con el concepto “telemática” se hallan asociadas dos dificultades: la primera se halla en el término “mismidad” y la segunda en la palabra “cercanía”. Hay que enfrentarse con ambas. Gracias a diversos análisis se ha tornado cada vez más claro que el concepto de “mismidad” y todos sus sinónimos (individualidad, identidad, y también espíritu y alma) no se refieren a ningún hecho, sino a algo únicamente virtual. Cuando yo mismo me analizo (cuando giro sobre mi mismo), constato de esa manera, que “yo” aludo aquel punto abstracto en el cual quedan anudadas todas las referencias completas. “Yo” es el nombre que describe a las relaciones convergentes, pero si se retirasen todas las relaciones una tras otra, entonces, no queda “yo” alguno. Dicho de otro modo: “Yo” implica que otros digan “tu”. La sociedad de la información sería según esto una estrategia para la realización de la virtualidad “yo” en la virtualidad “tu”, por lo tanto, como una estrategia para abolir la ideología de un sí mismo a fuerza de darse cuenta de que uno existe para los otros y no para sí mismo. Y con esto, la telemática sería la técnica que establece automáticamente la abolición del sí mismo a favor de la realización intersubjetiva.

Una antropología semejante, conforme a la cual nosotros seríamos nudos de relaciones que recién vendrían a realizarse en la referencia con los otros, plantea la cuestión por la

cercanía de un modo peculiar. La cercanía no es, pues, función de ningún alejamiento espacial y temporal sino función del número y de la intensidad de las relaciones que vinculan a las unas con las otras. Cuanto más fuerte me sienta yo vinculado con el otro, tanto más cerca se halla de mí y tanto más cercano le soy yo a él. No importa cuales sean las unidades espacio temporales que pudiesen separarnos. Este novedoso concepto de cercanía conduce necesariamente a una ética específica. Cuanto más cerca se halle alguien de mí, cuanto más numerosos sean los hilos que me unan a él, tanto más grande ha de ser el número de informaciones que circulan entre nosotros, lo que significa de los discursos y respuestas que van y vienen entre nosotros. Cuanto más cerca este alguien de mí, tanto más grande es la responsabilidad que nosotros tenemos unos para otros; a la inversa, cuanto más distancia exista, más palidecen y se diluyen las responsabilidades. Una ética semejante contradice al humanismo con su exigencia de valores válidos universalmente, sin tener en consideración la distancia. Pero ella corresponde a la ética del cristianismo judaico con su exigencia del amor por el prójimo y no del amor por la humanidad. La sociedad de la información como la aquí propuesta sería una red intersubjetiva que se encuentra hecha de concavidades y encurvamientos, dentro de las cuales las personas que se hayan próximas las unas con las otras se realizarían en forma recíproca. La telemática sería la técnica, gracias a la cual algunos hombres distanciados espacial y temporalmente los unos de los otros podrían aproximarse existencialmente para realizarse de forma recíproca.

Si volviera uno a salir de semejantes reflexiones y mirásemos alrededor, entonces se podrían inferir planteamientos para una telemática semejante: dispositivos para el acercamiento automático de los hombres, de manera que estos puedan realizarse, en principio, recíprocamente, para no quedarse encapsulados en meras posibilidades de algún sí mismo. Con estos dispositivos no se trata necesariamente de logros recientes como el cable reversible o el teléfono audiovisual, sino que podría tratarse también de técnicas tradicionales como las del servicio postal o las señales con humo o fuego. Son dispositivos para la conexión en red. Sin embargo, estos planteamientos de una sociedad telemática se hayan insertos en un sistema de distribución general de los medios que apunta a una forma de sociedad totalmente distinta, a saber, a la de los así llamados "medios masivos", en los cuales los emisores irradian informaciones en paquetes monodireccionales a los destinatarios, incapaces de entregar respuesta, y por tanto irresponsables e inmaduros. Los inicios telemáticos para conectarse en red conforman pequeñas islas relativamente insignificantes dentro del gigantesco racimo como lo son los emisores de radio, televisión, y los productores de revistas y periódicos. Y ambos, tanto los inicios para conectarse en red como los dominantes monodireccionales, son síntomas de la revolución de la comunicación de la que estamos siendo testigos.

Agreguemos algunas palabras más. La estructura dominante de la comunicación desde hace al menos 4000 años era la siguiente: Las informaciones eran elaboradas en privado y expuestas en lo público y allí adquiridas, y entonces llevadas a lo privado, para ser allí reelaboradas. El llevar hacia afuera las informaciones (la publicación) y la adquisición de las informaciones en la esfera pública (el compromiso político) han sido para la estructura de la comunicación pasada igual de típicas como para la configuración de la información privada (la labor creativa). La revolución de la comunicación consiste fundamentalmente en una reorientación de la corriente de la información. El espacio público es evitado y deviene con ello progresivamente superfluo, las informaciones vienen a ser elaboradas en el ámbito privado y mediante cables y canales semejantes enviados a los espacios privados para ser allí recibidas y procesadas. Así es como esta transformación anti-política ha hecho madurar dos planes de conexiones contrapuestos. El primero es el plan de distribución monodireccional en bucles, gracias al cual el

emisor individual envía a destinatarios singulares, y en donde el receptor no dispone de canales que lo vinculen con el emisor, ni de otros canales que lo vinculen con los otros destinatarios. Realizado consecuentemente, este plan de conexión tendría que conducir a una sociedad de masas homologada y totalitaria. La mayoría de los críticos culturales tienen a la vista para sus análisis a esta cultura de masas. Sin embargo, junto a esto también entra en escena el plan de conexión pensado por red, cuya realización consecuente tendría que incluir otra vez la mencionada sociedad de la información. Toda prospectiva futura depende así, en última instancia, cuál sea el plan al que se le haya de conceder una mayor importancia.

Mi contribución no tiene ni la intención, ni la competencia de tomar aquí una decisión. Y no obstante, se pide una evaluación de ambas alternativas. Si debiese prevalecer aquí la distribución empaquetada monodireccional, nos saldría al encuentro una forma de vida irresponsable, idiotizante, kitsch y brutal. Muchas cosas nos llevan a pensar que deberíamos prever una prospectiva similar. Pero si la red tuviese que atravesar los medios masivos y afirmarse a través de ellos, y si las islas que se conectan en red -los terminales de computadores, los circuitos de video, los hipertextos- pueden desgarrar la distribución monodireccional, entonces, la sociedad utópica de la información en la que podemos realizarnos recíprocamente tendría que dirigirse técnicamente y de allí también existencialmente al ámbito de lo factible. Sea por competencia o postura, todos hemos de estar comprometidos por esta segunda posibilidad. Al menos ésta es la propuesta que quisiera presentar aquí.